

# No importa la distancia

Lucas Villagra Ordozgoiti



# Capítulo 1

La Tierra es un lugar hermoso, llevo vida y naturaleza, aunque no siempre sepamos apreciar su valor. Los mortales no suelen prestarle mucha atención a la naturaleza, prefieren escuchar epopeyas sobre grandes héroes que derrotan a terribles monstruos o historias de amor que inspiren el corazón de los hombres haciéndoles sacar su lado más humano.

Aunque es comprensible, quién querría escuchar una historia sobre la monótona vida de cuidar las plantas en lugar de un héroe, hijo de reyes y dioses, que viaja por el mundo superando grandes adversidades.

La historia que a continuación os narraré tiene un poco de todo. Posiblemente no será de las mejores pero es una historia en que yo formé parte. Una historia que no solo se desarrolló en el mundo de los vivos.

Hypnos.

## HACIA SAMOTRACIA

Son muchas las hazañas que se cuentan sobre héroes y dioses enfrentándose a grandes monstruos y sin duda el mayor de todos ellos fue Tifón. Fruto de la unión de Tártaro y Gea.

Una criatura tan colosal y destructiva que solo dejaba caos y ruina allá donde pasaba. Todos huían al ver a tan formidable bestia, pero de entre todos solo había un ser lo suficientemente poderoso para hacerle frente, el mismísimo Zeus.

Ambos se enfrentaron en una contienda que hizo temblar a la mismísima Tierra. Campos quedaron devastados, ciudades enteras destruidas pero la pelea cesó con el triunfo de Zeus. Tras ello encerró a la bestia bajo el monte Etna, donde sigue encerrado a día de hoy.

Pero la historia que a continuación os narraré no tiene como protagonista a Zeus, sino a uno de sus numerosos descendientes. Un joven que al igual que muchos otros se había visto obligado a huir de una inundación en Creta, su tierra natal, provocada por la lucha de Zeus contra Tifón.

Este joven se llamaba Yasión, que junto a su hermano mayor Dárdano surcaban los mares rumbo a la isla de Samotracia. Aunque ambos eran todavía muy jóvenes para un viaje tan peligroso tenían, además, la obligación de cuidar del paladio. Una estatua de madera consagrada a la diosa Atenea. Era una gran responsabilidad que les había pedido Aethra, la mujer que les cuidó desde que tenían memoria, justo antes de morir a causa de la inundación.

Pero no era el momento de llorar su muerte, una fuerte tormenta se había desatado en el mar que amenazaba con hundir el barco.

- Sujetaos bien muchachos una ola de las fuertes se acerca – anunció el

capitán desde la cubierta.

En la bodega los hermanos se agarraron con fuerza esperando el impacto. Era la primera vez que navegaban y ambos estaban muy asustados. Rezaban a los dioses por su protección.

- YA ESTÁ AQUÍ PREPARAOS.

Una ola impactó con fuerza la proa haciendo que el barco entero temblara. La fuerza de del impacto fue tal que provocó que los hermanos se soltaran y Yasión saliera rodando por la bodega hasta golpearse contra la pared. Pese al zozobrar del barco se pudo escuchar un fuerte golpe, tras lo que los ojos de joven se cerraron cayendo inmóvil en el suelo.

- YASIÓN, YASIÓN- gritó asustado su hermano.

Fue corriendo, sin importar el movimiento del barco, a ver a su querido hermano. Apartó los aparejos que tenía encima, y vio su querido hermano inconsciente. Le puso la mano en el cuello para comprobar que aún respiraba. Posteriormente trató de reanimarlo.

- Vamos Yasión, no te vayas – le suplicaba desesperado.

Le abrió la boca para insuflarle aire y luego volver a reanimarle, pero Yasión no respondía. Colocó su cabeza en el pecho tratando de escuchar sus latidos pero el sonido de las olas le impedía decir nada.

Dárdano se estaba imaginando lo peor y rompió a llorar. Acababa de perder a Aethra, quien había sido como una madre para ellos, y no soportaba la idea de perder ahora a su hermano. Siempre soñaron con recorrer juntos el mundo, convertirse en grandes guerreros y gravar su nombre en la historia. Ahora todo parecía desvanecerse como un sueño.

- ¿Por qué lloras?¿crees que esto acabará con un hijo de Zeus?

Dárdano se sintió profundamente alivio al ver como su hermano se encontraba bien. Le abrazó con cuidado de no moverle mucho.

- No vuelvas a darme estos sustos. ¿Te queda claro?

- Me queda claro pero creo que te asustas muy rápido - ambos rieron aliviados.

El barco empezó a zozobrar con más fuerza. Para evitar volver a golpearse se sujetaron con una cuerda que habían atado a una de las argollas de las

paredes del barco.

Pese a ser hermanos y haber nacido el mismo día físicamente se podía apreciar muchas diferencias. Dárdano, el mayor, se notaba que iba a ser un hombre muy grande pues era alto para su edad, y bastante musculoso. Poseía ojos marrones y el cabello oscuro, una nariz chata y un fuerte mentón.

En lo que respecta al pequeño, no era tan alto como su hermano, y era más delgado, castaño con ojos azules. Su piel era blanca y suave, tenía una nariz aguileña, finos y hermosos labios. Su pelo era brillante y un poco rizado. Pese a su corta edad ya levantaba pasiones entre muchos vecinos, gracias a su hermosura.

La tormenta siguió agitando el barco toda la noche sin descanso hasta que los primeros rayos de sol empezaron a salir por el horizonte. El capitán del barco, un hombre mayor y con una larga barba, bajaba las escaleras y les vio dormidos en el suelo. Les dio unos pequeños golpes en las piernas para levantarles.

- Arriba, el desayuno estará en breve.

Les costaba mucho levantarse, apenas habían dormido y tenían la sensación que enseguida volverían a quedarse dormidos de nuevo.

- ¿Puede ser un poco más tarde? estoy agotado – dijo Yasión entre bostezo.

- Vosotros mismos, pero como tardéis mucho igual no queda nada.

El capitán se volvió y subió por las escaleras, mientras Dárdano levantaba a su hermano. Estaba hambriento y no iba a permitir que nada ni nadie le privara de un buen desayuno. Al levantarse la cabeza le daba vueltas, y sus piernas parecían no responderle.

- Dame un momento – pidió apoyándose en la pared.

Aprovechando ese momento, Dárdano fue a comprobar cómo se encontraba el paladio. Corrió le quitó las envolturas y comprobó que, pese a la tormenta se encontraba en perfecto estado.

- ¿Cómo se encuentra?

- Gracias a los dioses no ha sufrido daños.

- Que buena noticia. Tenemos que hacerlo por Aethra.

- Cueste lo que cueste. Ahora, si ya estás en condiciones a desayunas, siento que no he comido nada en días.

- No exageres, que ayer bien que cenaste hasta te di parte de la mía.

- Es que soy más grande que tú y necesito más comida, renacuajo – le agarró del cuello u empezó a frotar los nudillos en su cabeza.

- Suelta – Yasión trataba de zafarse de su hermano sin éxito.

Finalmente le soltó cuando escucho el sonido de unos platos, provenientes de cubierta. Los subieron rápido por las escaleras. En cubierta se encontraban un total de seis hombres de aspecto humilde, con ropas simples y desgastadas, los rostros curtidos y las manos callosas fruto del trabajo.

Estaban sentados en medio de la cubierta formando un círculo. En medio había un par de jarras de barro, vasos y unos platos con fruta, una hogaza de pan a medio empezar y aceitunas. Todo se veía delicioso, más teniendo en cuenta la escasez de alimentos que había en el mundo a causa de los estragos de Tifón.

Dárdano fue el primero en sentarse y llevarse un buen trozo de pan a la boca. Sin embargo, Yasión se quedó contemplando las tranquilas aguas del mar. No se podía creer la noche anterior se hubiera desatado una terrible tormenta. No pudo evitar cerrar los ojos para deleitarse mejor con el sonido del mar. El aroma del agua salada le daba una agradable sensación de tranquilidad.

- No te quedes ahí parado o nos lo acabaremos son sin ti – le gritó su hermano.

Esto interrumpió su tranquilidad y fue a sentarse junto al resto. Lo primero que hizo fue servirse un vaso de agua. Mientras todos desayunaban uno de los marineros de grandes entradas y nariz alargada no les quitaba el ojo de encima. No pasó muy tiempo hasta que Dárdano se dio cuenta.

- ¿Vas a dejar de observarnos algún día? – preguntó a la defensiva.

El marinero no respondió con palabras, se dio toques en el pecho e hizo gestos con las manos que Dárdano no era capaz de entender.

- Pide perdón si os ha ofendido no era su intención –respondió uno de sus compañeros de ojos claros y piel con rostro lleno de pecas. – Mi amigo tiene curiosidad. ¿Son ciertos los rumores? ¿Sois hijos de una ninfa?

Tanto Dárdano como Yasión se sintieron incómodos por esa pregunta. Temieron que esos marineros podrían hacerles algo malo, como venderles como esclavos. Fue entonces cuando uno de ellos, el que aparentaba ser más viejo, escupió con tanta fuerza un hueso de aceituna que lo acabó echando por la borda.

- Tranquilos muchachos. No vamos a hacer nada. Solo queremos saber si son ciertas las leyendas que se cuentan sobre la belleza de las ninfas. Somos hombres del mar hemos escuchado infinidad de historias pero sobre ellas pero nunca hemos visto ninguna.

- Habla por ti – respondió el capitán.

Dárdano miró a los ojos a su hermano unos momentos antes de responder.

- No nos acordamos mucho de ella, nos dejó en Creta cuando éramos muy pequeños. Desde entonces no hemos vuelto a ver.

- Debió ser duro.

- Bueno nos dejó a cargo de Aethra. Quien nos crió y ha sido siempre como una madre para nosotros – respondió Yasión apenado.

- ¿Son tan bella como dicen?

- Escuché de gente que al verlas se habían quedado mudos de tanta belleza – comentó el de las pecas.

- Una vez en Corinto escuche que eran tenían la apariencia de mujeres jóvenes de gran belleza, su piel blanco como la leche y suave como la seda. Son amantes de la naturaleza y castigan a todo aquel que pretenda hacerla daño – respondió un marinero calvo con un corte en la mejilla.

- Ya he dicho que apenas la conocimos. Nos dejó cuando apenas teníamos dos años, para volver al sequito de Artemisa.

- ¡Una pléyade! Curioso, creía que Artemisa les exigía un estricto voto de castidad.

- Puede que fuera a otro sitio, no la hemos vuelto a ver ni hemos tenido noticias de ella desde entonces – respondió Yasión después de tomar un trago.

El capitán se percató que se sentían incómodos y ordenó a sus hombres que dejaran la charla y acabaran rápido, pues el barco no si iba a dirigir solo. Todos obedecieron y terminaron en silencio. El resto de la mañana se desarrolló con relativa tranquilidad, todos hicieron su función en

relativo silencio.

A los hermanos les tocó fregar la cubierta. Era una tarea agotadora pero no pusieron pegas. No tenían dinero y ellos se habían ofrecido amablemente a llevarles. Estaban ansiosos por llegar, en especial Yasión, y poder demostrar por primera vez su valía ante los dioses. Convencidos de que la mismísima Atenea les brindaría su protección.

Llevaban horas limpiando, sus dedos empezaban a ponerse morados cuando de pronto el marinero de los pecas subió a cubierta a hablar con el capitán. Estuvieron conversando un rato hasta que este le dejó para irse a la proa del barco.

- Uno de ustedes que vaya abajo. Se necesita su ayuda para una tarea.

No hubo problemas en decidir que fuera Yasión quien bajase. Al llegar a las escaleras tuvo mucho cuidado de no resbalar y caer a causa del vaivén del barco. La bodega estaba casi a oscuras salvo por un par de velas colocadas al fondo. La luz que ellas desprendían permitía ver al marinero anciano sentado reparando unas velas.

- Que bien que por fin hayas llegado. Mis manos no son lo que eran y necesito tu ayuda con estas velas.

El joven asintió con la cabeza y procurando no caerse se sentó a su lado. El marinero le ofreció agujas e hilos con los que trabajar y le señaló donde había que reparar. Para su asombro el joven mostró un gran talento.

- Tenéis talento para esto. Podrías ser marinero seguro que llegarás a ser capitán de tu propia nave.

- No gracias, mi destino es la gloria, convertirme en un héroe, que se me recuerde – respondió orgullo.

-Honor, fama, gloria. Me recuerdas a mis hermanos y a mí – hizo una pequeña pausa antes de seguir – cuando éramos jóvenes y estúpidos.

El muchacho dejó la aguja y miro fijamente al marinero. Pensó que le estaba gastando una broma, pero cuando vio su rostro se disipó esa idea. Tenía la cara larga y sus ojos mostraban una preocupación.

- En total éramos cuatro hermanos, todos fuertes y vigorosos. Teníamos esos mismos sueños y cuando éramos un poco mayores que vosotros nos empezamos a enrollar en cualquier expedición con la intención de que nuestras hazañas llegaran a oídos de los mismísimos dioses.

Su historia se sintió muy atraído por su historia. Se imaginaba a Dárdano, su mejor amigo Cadmo y él surcando los océanos en busca de grandes

aventuras.

- ¿Y qué pasó?

- Muchas cosas. Los viajes se hacen largos y peligrosos. El agua empieza a escasear y la sed se lleva a uno de mis hermanos. Entramos en batalla contra las temidas amazonas. Entramos en batalla con el terrible pueblo de las amazonas. Su habilidad con el arco y a caballo era impresionante, no fuimos rivales para ellas.

Muchos de mis amigos perecieron bajo sus armas, otros fueron hechos prisioneros – en ese momento no pudo evitar taparse las manos a la boca y soltar una lagrima.

- ¿Te encuentras bien? ¿Si quieres puedo traer algo de agua?

- Tranquilo, estoy bien – inhaló y exhaló un par de veces antes de seguir –. Entre ellos estaba otro de mis hermanos, solo los dioses saben cuál fue su destino.

Pocos eran quienes nunca habían oído hablar sobre las amazonas. Un pueblo formado únicamente por mujeres guerreras. Apenas se sabía sobre su cultura, guardaban muy celosamente sus secretos. Lo único que habían dejado claro al resto del mundo es su crueldad para con los hombres que se atreven a meterse en su territorio. No era raro que aparecieran cerca de las aldeas vecinas cuerpos de sus víctimas a las que habían desollado, sacado los ojos o flagelado hasta la muerte. ¿Realmente quieres eso?

- Sin peligro no habría gloria. Me entrenaré muy duro para poder sortear cualquier obstáculo. Soy un hijo de Zeus, los dioses me otorgaran su bendición.

- Muchacho ingenuo. No has oído lo que te he dicho.

- Lo he oído perfectamente y no me apartarás de mis sueños.

El anciano resopló desesperado. Se quitó la ropa y cogió una de las velas que tenía cerca y se la acercó al cuerpo. Allí se veía la marca de una cicatriz que había sido hecho hace años. Iba de un lado al otro de su vientre. El joven la miró impresionado, pocas heridas tan letales había visto.

- La historia no acaba ahí, muchacho – se tapo la herida el anciano -. Entre los pocos sobrevivientes estaba también mi hermano. Aunque sus heridas eran tan grandes que sabíamos que pronto se reuniría con el Barquero. Antes de partir quiso hablar conmigo. Me cogió la mano todavía

agonizante y me dijo "Eres el último de nosotros hermano. Por los dioses no malgastes tu vida persiguiendo absurdos sueños de grandeza y vive tu vida al máximo. Cuida de nuestra madre y ten una gran descendencia". Fue terminar de decirlo y ver como la luz de sus ojos se apagaba.

- Lo siento.

- Aun no he terminado. Después me dirigí a mi querida Atenas a reunirme con mi madre. No sabía muy bien qué decirle. Mis hermanos y yo nos habíamos ido en contra de su voluntad y no estaba seguro de cómo reaccionaría. Para mi desgracia cuando llegué me enteré que ya había muerto. Al parecer le habían llegado noticias sobre nuestra expedición y sabiendo del destino de sus hijos decidió arrojarse por un barranco.

En esta ocasión Yasión no supo que decir con palabras. Solo pudo colocar su mano en el hombro para mostrarle su apoyo.

- Sentí que los dioses me habían maldecido. Lo había perdido a todos los que alguna vez ame todo por un estúpido afán de grandeza. Me hundí en la más profunda depresión y hubiera permanecido así durante mucho tiempo pero recordé las últimas palabras de mi hermano. Por lo que decidí emprender una nueva vida, ofrecí mis armas al templo de Atenea y me prometí no volver a usarlas. Fui a los muelles en busca de trabajo empecé como aprendiz, fue muy duro en un principio pero allí hice buenos amigos, conocí a mi esposa que me dio una amplia descendencia y desde entonces he tenido una vida plena y feliz. No cometas el mismo error que yo que por ir en busca de la fama y gloria lo perdí todo y no vi lo maravilloso que era el mundo a mí alrededor.

- Respeto el camino que has elegido pero mis sueños son otros. Desde pequeño he sentido que estaba destinado para algo grande, desciendo del rey de los dioses. Está en la naturaleza del hombre destacar, alcanzar la gloria.

- ¿y qué es la gloria?

Esa pregunta le había puesto un poco nervioso. Pocas veces se había parado a pensar tan profundamente en eso.

- Hacer actos heroicos, derrotar a enemigos.

- ¿Qué son actos heroicos? ¿Quiénes son esos enemigos de los que hablas?

- Pues actos heroicos... algo que solo puedan hacer unos pocos. Como acabar a una bestia.

- O arreglar unas velas, con artritis en los dedos y totalmente a oscuras. Entonces soy un héroe – soltó una pequeña risa que no gustó a su compañero.

- Es que acaso podías hacerlo tú solo.

- Te queda mucho por aprender del mar. Los marineros aprendemos rápido a trabajar a oscuras. Podría decirse que son héroes.

- ¿Me has traído solo para esto?

- Puedes quedarte o puedes subir a fregar tú eliges.

Dudó unos instantes pero al final eligió quedarse, el trabajo le parecía más placentero. El marinero siguió tratando de hacerle razonar sobre que sus sueños de convertirse en un héroe aunque sus esfuerzos fueron en vano. Yasión estaba decidido en convertirse en un héroe y demostrar ser un digno sucesor de Zeus. Estuvieron así durante horas, hasta llegada la noche cuando fueron llamados desde cubierta para cenar. Dejaron las velas a un lado y se dirigieron a las escaleras.

- Sabes hablar contigo me ha hecho darme cuenta de que yo también soy un héroe.

- A qué te refieres, muchacho.

- Pocos hombres aguantaran una conversación tan larga con Calímaco, el Parlanchín sin perder la cabeza – le dedicó una sonrisa picara.

- HEHE – el comentario le había hecho gracia – espero de verdad que encuentres a una mujer que te haga cambiar o un hombre lo que prefieras.

Al salir pudieron contemplar el cielo lleno de estrellas, era una noche muy bonita. El resto de la tripulación ya había preparado la cena que era un poco de pescado y un poco de pan. Yasión fue a sentarse al lado de su hermano, este tenía los dedos rojos y las manos doloridas del trabajo. Al verlas así su hermano tuvo el detalle de servirle algo de agua.

- Según mis cálculos estaremos en Samotracia mañana por la mañana – dijo el capitán mientras ojeaba un mapa.

Los hermanos se alegraron por tan buena noticia. Todos se pusieron a comer, menos Calímaco que quiso decir antes unas palabras.

- Una disfrutar de buenos alimentos en compañía de amigos, en una hermosa noche como esta mientras se siente la suave brisa del mar.

¿Acaso existe algo mejor?

- Una estatua en tu honor en tu ciudad natal – respondí Dárdano tomando un trozo de pan.

Todos se echaron a reír menos Calímaco, que se limitó a comer un trozo de pescado. El resto festejaba saber que por fin atracarían en tierra firme, donde poder abastecerse, ya que a bordo empezaba a escasear la comida. La noche se desarrolló con relativa tranquilidad.

En la guardia de Calímaco, mientras todos dormían, se dirigió a la proa del barco allí se arrodilló alzando su mirada a los cielos. “Dioses del Olimpo os imploró como un humilde mortal que soy que abráis los ojos a estos muchachos. Son todavía muy jóvenes y no son conscientes de lo equivocados que están. No quiero que sea para ellos demasiado tarde como lo fue para mí”.

A la mañana siguiente llegaron a las costas de Samotracia. Amarraron su barco en un pequeño muelle cercano, donde desembarcaron las provisiones y demás útiles que llevaban, en especial el paladio, con ello tuvieron especial cuidado no querían provocar la ira de una diosa.

Samotracia era una isla pequeña pero se la podía distinguir desde lejos debido al monte Fengari el más alto y emblemático de la isla. Debido a sus situación muchas rutas de barcos pasaban cerca de allí y llegó a ser una isla muy prospera antes de que Tifón dejara su huella. Ahora la gente trataba de reparar los estragos y tratar de recuperar su antiguo esplendor.

Una vez desembarcaron todo en el muelle la tripulación se reunió al completo.

- ¿Seguro que no necesitáis ayuda? la estatua tiene un peso considerable – comentó el capitán.

- Os lo agradecemos pero ya habéis hecho bastante por nosotros –respondió Dárdano.

- Y dónde se supone que tenéis que dejarla.

- Hay un altar no muy lejos de aquí, no nos llevará mucho tiempo, poco más de medio día.

- Nosotros partiremos en tres días, por si cambiar de opinión estaremos encantados de admitiros a bordo – les dijo Calímaco esperando que aceptaran.

- No lo creo pero te echaremos de menos –respondió Yasión.

Tras despedirse, los muchachos cagaron el paladio y emprendieron su viaje. Por suerte no era una estatua muy grande y podían llevarlo entre los dos. Mientras caminaban veían por todas partes a hombres mujeres y niños trabajando duro reparando casas y granjas. Algunas de ellas estaban totalmente derruidas y no les protegerían de la lluvia y el frío.

Los hermanos miraran con pesar la escena, muchos de sus habitantes estaban muy delgados, incluido los niños. Deseaban darles algo pero no tenían nada, solo lo puesto. Dárdano notó la tristeza de su hermano y trató de animarle.

- Cuando seamos grandes guerreros lucharemos para evitar que esto pase.

No le respondió aunque si consiguió animarle un poco. Estaba más decidido que nunca a hacer todo lo que estuviera en sus manos para convertirse en un gran guerrero.

El camino se les hizo duro. Les dolían las extremidades pero por fin llegaron a su destino. Dejaron la estatua en el altar encendieron un pequeño fuego en señal de ofrenda. Pronto pudieron notar como el viento empezaba a soplar con mucha más intensidad. Algo estaba por ocurrir, y así fue. Escucharon un repentino sonido tras ellos, al voltearse por fin la vieron.

Atenea, diosa de la sabiduría, de las ciencias, de la guerra estratégica y protectora de héroes. Poseía la figura de una mujer joven de poco más de veinte años. Su pelo era de color largo y rizado, aunque muchas veces lo llevaba recogido. Tenía grandes ojos marrones, nariz respingona, piel blanca. Aunque su cuerpo era delgado estaba bien definido. Poseía una mirada muy penetrante que infundía mucha seriedad y respeto. Se hallaba ante ellos imponente armada con su lanza, su egida y su casco.

- Habéis demostrado gran valor y determinación siendo tan jóvenes y trayendo hasta tan lejos esta estatua sagrada – dijo con un voz suave y dulce - Por eso hemos decido que ya es hora de encomendaros el propósito que los dioses teníamos pensado para vosotros desde hace tiempo.

continuará....

## Capítulo 2

### CONSEJO DE DIOSES

Todo estaba listo para la llegada de los ilustres invitados. Los sirvientes llevaban puestas túnicas blancas de la mejor calidad y habían sacado el mejor vino y preparado los mejores aperitivos para recibirles huevos de codorniz fritos sobre rebanadas de pan recién horneado, pequeños trozos de fruta envueltos en una tira de jamón, berenjena frita con miel, sardinas sobre medio huevo cocido bañados con un chorro de aceite de la mejor calidad. Así era como se recibían a los invitados en el Olimpo.

La responsable de su supervisar los preparativos y recibir a los invitados no era otra que Hestia, diosa de la fuego y el hogar, y una de los 12 olímpicos. Aunque fuese la mayor de sus hermanos tenía la apariencia de una mujer joven, de poco más de veinte años. Tenía algunas pecas en el rostro. Su pelo era de color rojo como un rubí, largo y rizado, como sus labios. Sus ojos eran azules, su piel era muy blanca y suave debido a que salía muy poco del Olimpo.

Aunque fuere una de las dioses más importantes, lo cierto es que rara vez actuaba como tal. Solía tener una actitud alegre y despreocupada, siempre trataba con respeto y cariño a todos, dioses y mortales, ciudadanos y esclavos, siempre que no fueran seres malvados que hicieran daño a los demás. Ese día se había puesto un elegante vestido y sus mejores joyas dignas de la ocasión.

Paseaba tranquilamente por los jardines, entre los pavos reales y demás animales exóticos comprobando que todo estuviese en orden.

- Falta vino, Ganimedes haz el favor de traer más – le dijo a un chico joven de unos dieciséis años.

- En seguida – después de una reverencia fue a lo que le mandaron.

Hestia siguió comprobando todo, colocando las copas a la misma distancia unas de otras. Cuando, de pronto, sintió una presencia observándola muy cerca de ella.

- ¿Vas a quedarte ahí todo el día mirándome el culo?

- Me alegro de volver a verte Hestia – respondió Poseidón, dios de los mares.

Se trataba de un dios alto, de anchos hombros y muy musculoso. Su cabello era castaño y le llegaba hasta el hombro además de tener una barba bien cuidada. Sus ojos eran claros y tenía un fuerte mentón. Vestía

con una elegante túnica de lino azul claro, con un himation un poco más oscuro sujeto con un broche de oro.

- Es una lástima que no pueda decir lo mismo –se volteó para lanzarle una mirada fría casi hostil.

- Sigues poniéndolo difícil – respondió con una sonrisa mientras se acercaba a ella - ¿Por qué no olvidas ese estúpido juramento de permanecer siempre virgen y te vienes conmigo?

Trató de besarla pero ella puso su mano en medio. Aunque fueran hermanos, Hestia sentía una profunda repulsión hacia él. Detestaba su manera de ser tan temperamental, pero lo que menos le gustaba era su naturaleza infiel con Anfitrite, a la que tenía mucho aprecio.

- Si dejara mis votos tendría expectativas más altas – respondió con frialdad.

Lejos de rendirse Poseidón se acercó un poco más poniendo sus pectorales justo delante de sus ojos y empezó a apretar sus músculos, tratando de lucir sus enormes músculos pero todo esfuerzo era en vano. Ella no se inmutaba lo más mínimo. Solo reaccionó cuando escuchó las palabras de alguien a quien tenía mucho afecto.

- Hestia ¡Que alegría volver a verte!

Eran sus sobrinos, Apolo, dios de la música, las artes, de la medicina, entre otros muchos atributos y su hermana Artemisa, diosa de la caza, los bosques y los animales. Su llegada le brindó a Hestia la excusa perfecta para librarse de su hermano e ir a abrazar a su sobrina.

Artemisa era una diosa joven de piel blanca y suave, con largos cabellos negros como la noche que casi nunca llevaba bien peinado y unos grandes ojos marrón oscuro, nariz fina y recta, sus unos labios finos y sensuales. Tenía un cuerpo atlético, con largas y delgadas piernas, unos brazos delgados pero fuertes.

Físicamente guardaba muchas semejanzas con su hermano gemelo Apolo, aunque él tenía el cabello rubio y rizado, además sus ojos eran azules, pero se notaban en el resto de rasgos que eran hermanos, pese a que sus personalidades fueran bien distintas.

- Cuanto tiempo sin vernos – estrujó a su sobrina entre sus brazos.

- He estado muy ocupada. Los desastres son mayores de lo que pensábamos.

- Soy consciente, la gente de todos los lugares lo está pasando muy mal. Los almacenes están casi vacíos, muchos se han visto obligados a saquear templos para tener poder alimentar a sus hijos.

- Eso he escuchado. Espero que en esta reunión consigamos buscar una solución. No quiero ver morir a los humanos de inanición.

- No te preocupes saldremos de esta, de momento hemos ordenado que se prohíban cualquier sacrificio de animales hasta que la situación mejore.

- La siempre muy altruista Hestia – respondió mientras se dirigían a la mesa a tomar algo.

- Fue idea de Hera.

- Muy noble de su parte. Por cierto ¿dónde está?

- Estará acostando a su pequeña, saldrá en unos momentos.

- Así la pequeña Hebe. Debería traerle un presente. Unos cuchillos de caza estarían bien.

- Quiero pensar que estas de broma.

Ellas siguieron hablando cuando se escuchó acercarse un carro de caballos. El sonido que hacía y la forma tan agresiva de azotar a los caballos, no dejaba duda que se trataba de Ares, dios de la guerra. Tanto dioses como sirvientes presentes se acercaron a recibirle, aunque en el fondo la mayoría deseaba no hacerlo.

El carro estaba siendo tirado por cuatro raudos corceles negros, y en el iban montados. Ares con su clásica e inconfundible armadura de batalla dorada, formada una coraza, grebas y un casco que le cubría los ojos, la nariz y las mejillas, con los pelos de las crestas totalmente rojos, y bajo la armadura llevaba una túnica carmesí propia de Esparta, ciudad consagrada a él. Su acompañante no era otra que la mismísima Afrodita, diosa del amor y la belleza. Una mujer alta y esbelta de largos y brillantes cabellos rojos que le llegaban a la cintura, sus caderas eran anchas y su abdomen plano, sus ojos azules como zafiros, su cuello era largo y esbelto al igual que sus piernas.

Ares paró el carro justo en la entrada. Bajó de un salto y ofreció su mano a Afrodita para que bajase. Iba perfectamente arreglado, vestía con una hermosa túnica de seda rosa, muy ceñida a su perfecto cuerpo. Llevaba puestos varios anillos de oro y plata con piedras preciosas incrustadas, unas pulseras en brazo hechas de platino, un fino collar de perlas y pendientes de diamantes, todo ellos la hacía lucir mucho más hermosa de

lo que ya era.

Los dioses les dieron la bienvenida disimulando que se alegraban de verlos, especialmente Artemisa y Hestia, con quienes tenía una gran rivalidad. Para responder al saludo Ares se quitó su casco dejando ver el rostro típico de un hoplita, una cara musculosa, de ojos marrones y cejas gruesas y una poblada barba pero bien recortada. Era un dios fuerte y vigoroso, motivo por el cual Afrodita se sentía tan atraída por él.

- Veo que no somos el últimos en llegar – dijo Ares con un aire soberbia.

- No, aún faltan por venir Hefesto, Deméter, Hades y Atenea – contestó Hestia en tono cordial

Ares no pudo evitar fruncir el ceño al escuchar el nombre de su hermanastra con la que siempre había rivalizado por ser la preferida de Zeus. Pese a todo iba intentaría comportarse en su presencia durante la reunión, pues no solo estaba allí para el asunto por el que todos habían sido llamados. Mientras Ares conversaba con Apolo y Poseidón, Afrodita haciendo alarde de su característica vanidad, fue a molestar a Artemisa.

- Me alegra verte – dijo con aires de superioridad -. Veo que no has cambiado nada.

Artemisa guiñó los ojos mirándola con cara de pocos amigos. Como era algo más bajita tuvo que alzar la vista para mirarla fijamente a los ojos. Como no decía nada Afrodita siguió hablando.

- Sabes a veces es mejor tardar y estar presentable para la ocasión - lo decía porque vestía con un simple peplo blanco desabrochado de su hombro derecho. Además son portaba ningún tipo de adornos a excepción de una pequeña pulsera y un brazalete de cuero.

- No necesito ponerme molestos adornos para sentirme guapa.

- O porque ni con todo el oro del mundo estarías a mi altura – respondió soltando una risita mientras agarraba a Ares del brazo y juntos iban a tomar algo.

Artemisa no le quitaba el ojo mientras se alejaba hasta que Hestia se interpuso cogiéndola de la muñeca para calmarla.

- No merece la pena – le susurro.

- Si tuviese mi arco le dispararía una flecha que le entraría por una oreja y le saldría por la otra.

- HAHAHA, no me cabe la menor duda de que no le tocarías el cerebro.

Eso provocó que Artemisa también se riera. Poco tiempo después llegó Hefesto, dios del fuego y de la forja. Un dios con aspecto de un hombre de mediana edad de piel curtida y brazos como troncos. Era calvo en la parte superior de la cabeza teniendo solo pelos, muy revueltos a los lados. Sus ojos eran claros, tenía unas cejas grandes y frondosas además una espesa barba marrón. Vestía con una túnica marrón, pero lo más característico era una armadura de oro que llevaba alrededor de su pierna derecha. Se trataba de una prótesis que se había fabricado para no cojear.

Se presento con todos, menos con Ares y Afrodita su ex-esposa a quienes evitaba a toda costa. Cogió una copa de vino que le ofreció uno de los sirvientes, y fue a hablar con Hestia y Artemisa mientras contemplaban a los pavos reales.

- Me alegra ver como tu última creación funciona – dijo Hestia mirando la armadura de la pierna.

- Ha costado mucho pero ha merecido la pena – levantó su pierna para que pudieran apreciarla mejor.

- Ya no se nota la cojera. ¿Te permite golpear con fuerza? – bromeó Artemisa.

- Eso tendríamos que comprobarlo. Antes de que se me olvide trabajé en lo que me pediste pásate por mi forja y te los doy seguro que estarás muy satisfecha.

Artemisa le demostró su agradecimiento con un fuerte abrazo y dándole un beso en la mejilla. Por su parte Hefesto no pudo evitar sonrojarse al recibir tal muestra de afecto de una diosa tan hermosa.

Para alegrar la reunión Apolo decidió subirse a un banco y sacar su famosa lira. De ella salió una hermosa melodía que captó enseguida la atención de todos los asistentes, dioses y mortales. Todos se colocaron a su alrededor para verle tocar su lira. Pero no todo fue felicidad, Ares consciente de que Hefesto estaba detrás mirando aprovechó para coger a Afrodita y acercársela aún más deslizand su mano suavemente por sus caderas. El pobre Hefesto tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse y no golpearle mientras veía a un ser manoseando a quien antaño fue su esposa.

- Creo que es una ocasión perfecta para probar ese invento – le susurró Artemisa al oído – ¿por qué no le das una patada bien dada en el trasero?

- No sería mala idea.
- Comportaos – les avisó Hestia.

No tuvieron más remedio que quedarse en silencio mientras Apolo seguía con la melodía. Paró cuando Iris, mensajera de los dioses y una de las sirvientas más leales de Hera vino para anunciar la llegada de los reyes del Olimpo. Como dictaba el protocolo debían recibirles en la entrada principal.

Iris era inconfundible tanto en apariencia como en carácter. Parecía una mujer muy joven, de poco más de veinte años, siempre era muy alegre, hiperactiva y habladora. Su estatura era pequeña en comparación con el resto de divinidades, delgada, de facciones finas pero sin duda lo más llamativo de ella era su pelo. Poseía un cabello largo y sedoso, en su mayoría rubio pero un mechón de cada uno de los siguientes colores, rojo, naranja, verde, cian, añil y violeta. Ese era el motivo por el que se producía el arco iris a su paso.

Al fin estaban colocados para recibirles. La morada de los dioses era un lugar inmenso y hermoso. Lleno de jardines, fuentes y edificios contruidos con mármol, caliza y madera de la mejor calidad. Los mortales solo han visto un lugar así en sueños.

El edificio principal era una construcción imponente rodeado por columnas de más de diez metros de alto, y bellas plantas siempre muy bien cuidadas. Las columnas estaban cuidadosamente talladas incluso contaban con adornos de oro, al igual que las puertas. Allí estaban las habitaciones de los reyes del Olimpo y de sus hijas, Ilitia y Hebe, aparte de ser el lugar donde guardaban el néctar y la ambrosia, el alimento privado de los dioses que concedía su inmortalidad.

Poco a poco fue abriéndose la puerta, empujada por media docena de sirvientes, dejando ver a los reyes del Olimpo, Zeus, el señor del Olimpo, dios del cielo y del rayo. Un hombre de complexión atlética y anchos hombros, moreno de larga barba y bien cuidada barba. Poseía ojos marrones y nariz aguileña, aparte de un fuerte mentón. Vestía una túnica blanca desabrochada de un hombro, en su mano derecha portaba un cetro de oro símbolo de su poder, y de su izquierda la mano de la deslumbrante Hera, diosa de las mujeres y matrimonio, reina de los dioses. Para muchos, y me incluyo, la diosa más hermosa de todas, mucho más que Afrodita. Una mujer alta y esbelta, de la misma altura que Zeus. Su cabello era castaño, largo, brillante y ondulado. En cuanto a su rostro era perfecto, tenía unos labios rojos y sensuales, los ojos verdes como esmeraldas, una nariz pequeña y aguileña, cejas finas y alargadas. Iba muy bien maquillada, vistiendo un vestido verde, su color preferido y portando bellísimas joyas hechas por el mismísimo Hefesto. Una reina no

solo debía serlo sino parecerlo.

Todos aplaudieron mientras bajaban despacio las escaleras. Después hacer las clásicas presentaciones. Los dioses se pusieron a conversar entre ellos mientras esperaban al resto. Hera aprovechó para distanciarse de su esposo y conversar con Hestia, Hefesto y Artemisa. Sobre volcó su atención con estos últimos porque les veía más raramente. El primero en hablar fue Hefesto preguntando por su hermana y Artemisa se ofreció a instruirla en el manejo del arco.

- Todavía es muy pequeña – le respondió su madre.

- Me refiero a cuando sea un poco más grande. Podría formar parte de mi cortejo, podría hacer de ella una gran cazadora.

- Debo rechazarlo. Prefiero que se críe aquí en el Olimpo bajo mi tutela y la de Hestia-

Tras responder cogió uno de sus pavos reales que tenía a cerca y acarició con suavidad su plumaje. Adoraba esas aves sobre todo cuando extendían las plumas de su cola, le recorvaba a alguien muy querido para ella.

En ese momento se acercaron unos sirvientes con bandejas llenas de aperitivos y bebida. Todos cogieron una copa y algo de picar mientras seguían conversando.

- No os emborrachéis tan pronto, os necesitamos en plenas facultades para los asuntos que vamos a tratar hoy – les dijo Hera antes de que empezaran a beber.

- Espero que el resto no tarde mucho,– dijo Hefesto mientras mirada con deseo su copa – tengo ganas de beber y vaciar jarras enteras.

Artemisa miró fijamente al horizonte durante un momento, y se le dibujó una sonrisa en la cara.

- Ya está aquí, mirad – señaló con el índice a la lejanía.

- ¿Quién? – preguntaron el resto.

Entre las nubes se vio a lo lejos como se acercaba a gran velocidad un carro tirado por dos dragones. Todos supieron que se trataba de Demeter, diosa de la agricultura. Conducía su carro con gran habilidad por los

cielos, ante la atenta mirada de todos.

Una vez cerca del Olimpo empezó a maniobrar para que sus dragones iniciaran el descenso. Uno de ellos emitió un fuerte rugido que asusto a los sirvientes y más de uno dejó caer su bandeja del miedo. Sus dragones eran criaturas imponentes del tamaño de un oso pardo adulto, y debían de pesar cerca de 300 kilos. Ambos poseían imponentes alas, su boca era alargada con grandes y afilados colmillos, además poseían unos cuernos afilados y poseían una gran cola, pero sin duda la diferencia más notable era el color de sus escamas. Uno las tenía marrones y el otro verdes.

Demeter detuvo su carro en una zona apartada de los jardines cerca de una fuente en la que había en medio la estatua de unas ninfas danzando y tocando instrumentos de música. Una vez se detuvo por fin el carro de él, se bajó una hermosa mujer, vestida con una prenda verde de lino muy sencillo y un pañuelo marrón de lana atado a la cabeza. Era una diosa alta estatura, figura esbelta, ojos verdes, largos y brillantes cabellos rubios que en ese momento los llevaba muy revueltos, debido al viaje en carro y que no había tenido tiempo a arreglarse.

Los demás dioses fueron a recibirla, mientras ella quitaba las correas a sus dragones para que pudieran estar más cómodos. La primera en llegar fue Iris, que mostró sus respetos sin quitar el ojo a los dragones. Los siguientes fueron Artemisa y Hefesto, con este último se alegró mucho de haber encontrado un remedio para su problema de cojera. Pero no todo fueron cálidas bienvenidas. Cuando llegó el turno de Ares y Afrodita se pudo notar la poca simpatía que había, y cuando tocó a Poseidón no pudo evitar hacer una mueca de hostilidad.

- ¿Cómo os atrevéis a llegar tan tarde y hacer esperar a tu reina? – le regañó Hera lanzándola una mirada fulminante. – ¿Y esas pintas? ¿Piensas que así puedes presentarte ante mí? tenéis tierra en el rostro.

Demeter se sacudió y pudo notar como efectivamente tenía arena en la cara, pero lejos de avergonzarse o pedir disculpas se acercó decidida a ella sin apartar la mirada. El resto de dioses, incluido Zeus se mantuvo al margen.

- Es lo que tiene trabajar en los campos, sudas y te manchas. Lo sabrías salieras de estos muros, pero claro no sea que su alteza se rompa una uña. – contestó en tono amenazante guillando más los ojos.

- ¿Eso piensas? – apretó los labios y su respiración se hizo más fuerte.

- Lo pienso – respondió desafiante.

Ambas se miraron fijamente, sin pestañear y con una expresión hostil. Estuvieron en ese plan un buen rato bajo la atente mirada de todos los dioses, salvo Iris que estaba jugando con los dragones.

- Discúlpate ante tu reina o ...

- O qué...

El desafío siguió hasta que a Deméter no pudo contener más su sonrisa. Su hermana se la devolvió y fue a estrecharla entre sus brazos.

- Me alegro de verte.

- Y yo a ti.

Los demás dioses festejaron la llegada de Deméter, ya solo quedaban Hades y Atenea para que la reunión comenzase. En medio de todas esas conversaciones Hera se la apañó para coger a su hermana del brazo y apartarla del resto.

- Ven quiero que conozcas por fin a mi hija pequeña.

Ambas entraron al edificio principal, su interior era enorme, debía medir más de cien metros de largo. El suelo estaba compuesto por baldosas de mármol marrón relucientes. Había dos filas de estatuas que se extendían a lo largo de toda la estancia a pocos metros unas de otras. Todas eran de mármol blanco y representaban figuras de lo más variadas, iban desde una madre dándole el pecho a su hijo hasta un hombre fornido semidesnudo clavando su lanza en el costado de un enorme jabalí. Cerca de las paredes había ademas una fila de columnas que sujetaban los pasillos de la planta. A los lados había varias puertas que daban a las distintas habitaciones y justo en medio había una escalera que a media altura se bifurcaba en dos dando a la planta superior.

Hera la llevó a una pequeña pila de agua para que se aseara un poco. Justo cuando acabó escucharon la voz de una niña procedente de las escaleras. No era otra que Ilitia, hija de Zeus y Hera, una niña de diez años muy alegre y poseedora de gran belleza.

- Tía Deméter, tía Deméter – bajaba las escaleras con gran ímpetu para abrazar su tía- ¿Cuánto tiempo?

- A mis brazos -hincó la rodilla para recibirla.

Cuando la tuvo en sus brazos la levantó con fuerza y la dio un par de vueltas en el aire. Ciertamente la niña se parecía mucho a su madre, pero

los ojos eran idénticos a los de su padre.

- Has crecido mucho, ya eres toda una mujer.

Su sobrina se sonrojó mucho y apartó la mirada para evitar que la viera así. Fue ahí cuando Deméter se percató de un collar de cuentas muy llamativo que llevaba. En todas ellas había dibujado un ojo, todos eran idénticos en perfecta simetría. No pudo evitar echar una mirada de lastima a su hermana. Sabía perfectamente lo que significaba ese collar para ella.

- ¿Vas a quedarte a jugar conmigo después de la reunión?

Antes de que pudiera responder, Hera se la quitó de las manos y la colocó en el suelo.

- No molestes a Deméter, sabes tiene mucho trabajo en el reino de los mortales.

- Vale – miró al suelo avergonzada.

- Eh – le dijo su madre en tono suave cogiéndola de las manos - ¿por qué no vas a las cocinas y pides que te den uno de esos melocotones con miel que tanto te gustan?

- ¿Puedo?

- Claro.

Ilitia de la emoción besó a su madre en la mejilla y fue dirección a la cocina. No sin antes dar otro beso de despedida a su Deméter. Cuando cruzó una de las puertas prosiguieron. Deméter esperó a haber subido las escaleras del todo y cerciorarse de que nadie las escuchaba.

- ¿ Le echas de menos? – su voz era más apagada.

- Todos los días – un sentimiento de tristeza creció en ella, aunque no hubiera dicho el nombre sabía perfectamente de quién hablaba – Era alguien muy especial.

- Estoy de acuerdo. Nos ayudó mucho cuando más lo necesitábamos.

- Fiel, valiente, amable, un alma me la naturaleza. Me siento tan culpable de su pérdida.

- No fue tú culpa, ya lo sabes. Tú no diste la orden.

Por fin habían llegado a la habitación. Hera abrió la puerta, su interior estaba lleno de juguetes para bebe, un par de klismos, una mesa de

madera con tres patas donde había doblado unos pañales de lino y unos ajuares donde guardaban todo lo necesario. Susto en medio dándole la luz de una ventana de la pared había un cuna donde dormía plácidamente un bebe.

Con cuidado de no hacer ruido se acercaron a la cuna a contemplar a la pequeña Hebe. Su piel era rosada y suave, con grandes mofletes. Era una imagen muy tierna ver la dormida boca arriba con sus brazos extendidos, Deméter no pudo evitar poner su dedo índice en su mano.

- Vamos cógela.

- ¿Seguro? Nunca he cogido un bebe antes.

- Lo harás muy bien, solo ten cuidado con la cabeza.

Levantó con cuidado a su hija y se la puso a su hermana en las manos. A Deméter se le despertó un sentimiento muy maternal cuando la tuvo entre sus manos. La besó en sus suaves mofletes y se quedó mirándola fijamente. La pequeña de pronto se removió parecía que iba a ponerse a llorar, pero Deméter meció suavemente y enseguida se calmó.

- Sigues teniendo habilidad con los niños. Podrías quedarte aquí en el Olimpo, estaríamos las tres juntas de nuevo, Hestia, tú y yo como antes. No sería fantástico – su voz pasó a un tono más melancólico.

- Mi sitio está abajo en el reino mortal. Podrías venir conmigo, todas – dijo mirando la dulce carita de Hebe -. Sé que lo añoras. Nunca fuiste tan feliz con cuando pasábamos los días jugando entre los árboles o bañándonos en los lagos.

Su hermana apartó la mirada y fue a la ventana. No quería que Deméter viera el rostro de tristeza que tenía.

- Soy la reina. Mi destino está aquí ahora – respondió por fin.

- De un rey al que odias.

- Ser la reina me otorga determinados poderes y puedo contralar muchas acciones de Zeus o muchos otros dioses.

- ¿Os merece la pena? Muchos no lo ven.

- Tú lo ves y quienes realmente me importa. Recuerda que yo también juré servir a los mortales. Aquí puedo dar un buen servicio – como ya se encontraba más serena dejó de mirar por la ventana para centrarse en su

hermana y su hija.

- Solo quiero que seas feliz.

- Lo soy, tengo a Hestia y a mis pequeñas – cogió de nuevo a su hija – recuerda. Además de Iris que aunque muy inquieta sabe alegrar los momentos, sin hablar de Hefesto que viene de vez en cuando.

- Me alegra escuchar eso. Todo ha acabado siendo tan distinto a como lo imaginábamos de pequeñas – acarició suavemente la cabeza de Hebe.

- Nos han traicionado y nos hemos llevado muchas decepciones, pero siempre podrás contar con nosotras, ¿lo sabes?

- Lo sé.

En ese momento Iris apareció en la habitación anunciando que ya habían llegado el resto de invitados y la reunión daría comienzo. Hera acostó a su hija de nuevo en la cuna y le dio un beso en la frente. Después de cerrar cuidadosamente la puerta pidió a Iris que se adelantara y así aprovechar a estar unos momentos más a solas con su hermana.

- Espero que al menos se encuentre una solución. La situación para los mortales es crítica. La humanidad no resistirá otro Tifón – comentó Deméter preocupada mientras bajaban las escaleras.

- Zeus tiene una pero necesita el voto favorable de todos los miembros del consejo.

- Eso significa que es muy serio el asunto – resopló -. Bueno si eso sirve para que haya paz cuenta con mi voto. ¿De qué se trata?

- Pronto lo sabrás.

Cuando salieron los demás dioses estaban conversando y probando con los aperitivos. Los dos que faltaban por fin habían llegado. Atenea que estaba reunida con las Hestia y Artemisa, las 3 eran las diosas de la eterna virginidad. Por el voto de castidad que habían hecho.

Alejado del resto de dioses se encontraba mi señor, Hades, dios del inframundo y de los muertos. Sin duda uno de los dioses más temidos. Aparenta mediana edad, musculosos, con una barba larga y bien cuidada, ojos negros y nariz aguileña. Sus cejas eran pobladas y arqueadas, eso unido a su tono de piel mucho más blanco que el resto y su semblante serio era una imagen que infundía respeto y miedo. Uno de los motivos por los que la mayoría de dioses se mostraba muy distante con él en las reuniones, aunque tampoco era muy hablador. Se encontraba conversando tranquilamente tomando una copa cuando por fin llegaron

Hera y Deméter.

Fue en ese momento cuando Zeus pidió a todos que le siguieran para comenzar la reunión. Era tal la hostilidad que sentían algunos dioses hacia él, que ni Deméter ni Hera ni Hestia se molestaron siquiera en saludarle, pero a él siguió tranquilamente como sin darle importancia a ese suceso.

Por fin llegaron a una parte del jardín en losada donde había una gran mesa rectangular de marfil y alrededor múltiples plantas decorativas. Cuando los demás estaban en sus sitios Zeus y Hera se sentaron juntos en la cabecera y con eso había empezado el consejo.

## Capítulo 3

### UNA COSA QUE MOSTRAR

- Como sabréis os he hecho llamar para buscar una solución. Tifón ha sido un monstruo como nunca antes ha existido – comenzó diciendo Zeus guardando las formas -. Aunque haya sido derrotado no podemos bajar la guardia.

- ¿A qué te refieres? – preguntó Ares mientras pasaba su mano por los muslos de Afrodita.

- Tifón ha sido fruto de la ira y el odio de Gea hacía nosotros – respondió su madre con los ojos cerrados y las manos cruzadas delante de la boca –, no se detendrá con eso vendrán más criaturas.

- Lucharemos y venceremos – respondió con un golpe en la mesa.

- Lucharás, perderás y saldrás huyendo como haces siempre – respondió su hermana Atenea, sin molestarse en mirarle a los ojos pese a tenerle justo enfrente.

El comentario le debió herir mucho su orgullo, pues se puso de pie tirando la silla al suelo. Los demás dioses, sabiendo de su temperamento se prepararon para detenerle pero no hizo falta. De los ojos de Zeus se tornaron blancos y empezaron a salir unos rayos, señal de que no iba a tolerar disputas en la reunión. A Ares no le quedó de otra que recoger su silla y guardar las formas, además no debía hacer enfadar mucho a su padre todavía tenía una petición que hacerle.

- Como ha dicho vuestra reina, Gea está enfada y solo será cuestión de tiempo para que creé nuevas criaturas. Aplacar su ira es nuestra prioridad ahora mismo.

- ¿Y qué es lo que propones, padre? – preguntó Apolo mientras se rascaba la nuca.

- He tenido que consultar a las Hermanas del Destino en busca de respuestas y ... - suspiró y cerró los ojos incapaz de terminar la frase.

- ¿Cuál ha sido la respuesta? – quisieron saber el resto de dioses.

Pese a que posiblemente lo había ensayado previamente, le entraron dudas de cómo sería la mejor manera para decirlo, por suerte contaba con

la ayuda de la siempre preparada Hera, que se puso en pie.

- Queremos enseñaros antes algo - extendió sus manos dándole una a Zeus y la otra a Hestia que estaba a su izquierda.

Los demás dioses se levantaron e hicieron lo mismo. Una vez se dieron las manos, sus cuerpos emitieron una intensa luz apenas una fracción de segundo y desaparecieron sin dejar rastro, apareciendo en un lugar que, ya fuese por dios o mortal, nunca había sido habitado.

- ¿Qué es este lugar tan desolado? – preguntó Hefesto mirando a su alrededor.

El lugar donde se encontraban parecía muy estéril con apenas unos diminutos arbustos que decoraban el lugar. Lo que si era de agradecer fueron los cielos despejados , la agradable brisa y los rayos de sol acariciando la piel.

- ¿Qué lugar es este? – preguntó Artemisa apartando los cabellos de su cara.

- Lo que está claro es que este lugar ha sido creado hace poco ¿me equivoco? – dijo Deméter mientras estaba de cuclillas dejando caer lentamente de su mano un puñado de tierra que previamente había cogido.

- Muy observadora – le respondió Hera – Estas islas han surgido de los mares por obra de Gea hace relativamente poco

- ¿Por qué motivo? – Hades se dignó hablar por fin.

Pero eso no gustó a Hera lo más mínimo que apartó la mirada y menospreciándole se negó a responder. Aunque eso a cualquiera le hubiese significado una gran ofensa a mi señor pareció no importarle. Tuvo que ser Zeus quien le respondiera.

- Prefiero que deis una vuelta por estas islas, nos reuniremos en esa colina cuando el sol se encuentre en lo más alto – señaló una montaña a lo lejos.

Ninguno de los dioses pusieron pegas y cada uno se fue por su lado a explorar. La más entusiasta de todos fue Artemisa que corrió veloz deseando conocer la fauna de aquel desconocido lugar. Corrió durante más de una hora apenas daba signos de cansancio pero por fin vio un hermoso pájaro negro de cola blanca que le llamó la atención buscando alimento por el suelo.

Artemisa lo miro fijamente contemplando su hermoso plumaje. Nunca había visto un pájaro de ese tipo. Con gran habilidad empezó a imitar el piar de los pájaros. El pájaro reaccionó en seguida y vatio sus alas hasta situarse en el índice de Artemisa.

- Que bonitos colores. ¿Cómo es que nunca había visto nunca antes a uno como tú? - le acaricio suavemente - Vamos a buscar a los tuyos, vendréis conmigo.

Así lo hizo encontró a una pequeña banda de esas aves y las acabo esparciendo por el mundo y ese fue el origen de la collalba negra.

En otro extremo de la isla estaban Hestia y Deméter corriendo hacia los acantilados. Deméter gracias a que sus piernas eran más largas y que estaba acostumbrada a correr por los campos le sacaba una considerable distancia.

- Vamos, hermana- dijo entre risas apartándose los pelos de la cara.

Estaba ansiosa por llegar a los acantilados. Como los tenía apenas a unos metros decidió avanzar por su cuenta y esperar a su hermana mientras sentía la brisa de las olas. Así que corrió todo lo rápido que pudo hasta que por fin vio y sintió como pequeñas gotas de mar acariciaban su cara.

- Que bien se sienta - con los ojos cerrados extendió los brazos disfrutando de esa sensación mientras esperaba a su hermana - vamos Hestia.

Al rato llego su hermana con el pulso acelerado. Necesitó descansar un poco antes de seguir.

- Deberías salir más del Olimpo.

Tras darle unos momentos de descanso ambas empezaron a recorrer los acantilados sin apartar la vista del inmenso océano.

- Es un lugar muy tranquilo. Debemos estar en los confines del mundo.

- Posiblemente, pero no me negaras que es un lugar ideal para el descanso y alejarse de los problemas de la vida - respondió Hestia con los ojos cerrados mientras inhalaba con fuerza el cálido aire.

- Respecto a eso. Conozco sitios muy tranquilos en lo más recóndito de los bosques. Podría enseñártelos si quisieras.

- ¿Le has hecho esa oferta también a Hera? - no espero a que respondiera -. Me gustaría pero sabes que yo también tengo responsabilidades, en el Olimpo y en los hogares. Ahora más que nunca los mortales necesitan que

bendiga sus hogares.

- Entiendo – apartó la vista y contempló el mar.

- Pero te prometo que cuando la situación mejore. Convenceré a Hera para ir a verte será como antaño. La única diferencia será sus hijas.

Su hermana le dedicó una sonrisa y ambas siguieron caminando felices mientras conversaban. Pronto encontraron un pequeño sendero que bajaba los acantilados y llevaba a una pequeña playa de arena lisa.

Descendieron con cuidado de no resbalarse pues el sendero era muy empinado. Deméter fue delante para ayudar a su hermana. Una vez bajaron ambos corrieron directas a las olas cogidas de la mano como si trataran de dos niñas.

Al meter los pies en el mar y sentir el agua salada, Hestia no pudo evitar lanzarle agua a su hermana pillándola desprevenida. Esa fue la causa por la que ambas empezaron una pelea para mojarse la una a la otra. Parecían niñas pequeñas jugando, sin preocupaciones ni responsabilidades.

Pero es bien sabido que tal felicidad dura poco. En medio de esa pelea Hestia divisó a lo lejos, encima de las enormes rocas que sobre salían de las olas, la figura de un hombre. Deméter también se percató de ello. Se acercaron para ver de quien se trataba.

- ¡Hades!

En efecto, mi señor se encontraba de pie de brazos cruzados con los ojos cerrados escuchando el fuerte sonido de las olas golpeando las rocas. Hacer eso mientras sentía los rayos de sol en la cara era algo que le relajaba mucho. Aunque solo estaba disfrutando de un momento de paz su presencia desagradaba enormemente a sus hermanas, quienes estaban a punto de desaparecer del lugar pero Hades se había percatado de su presencia y desapareció primero dejándolas solos en la playa.

Llevan un buen rato tumbadas en la playa, mirando tranquilamente al cielo, después de haber estado horas jugando con las olas.

- Creía que no volvería a ver tan feliz a nuestra hermana – comentó Deméter mientras se apartaba los pelos de la cara – me alegra verla así.

- Eso es gracias a sus pequeñas.

- Y a tu compañía, no seas tan modesta.

- Principalmente son sus hijas, su debilidad ahora mismo. Supongo que son las ventajas de ser madre.

Su hermana se levanto. Se puso delante tapándola el sol mirándola fijamente a los ojos.

- ¡Acaso la inmaculada Hestia está pensando abandonar su voto de castidad!

- Eso jamás sucederá – respondió con una sonrisa. – Puede que seas tu la que quiera hacer el voto. Podrías unirme al grupo, Atenea, Artemisa y yo somos muy felices que me dices ¿o hay alguien por especial del que no me has hablado? – Esperó un momento a ver que respondía, pero no respondía - ¿Hay alguien? ¿Quién es? cuenta, cuenta – insistió ilusionada.

- Sabes que no hay nadie. Pensaba en lo que debe tener Zeus en Zeus al traernos a este lugar tan inhóspito para solucionar algo tan delicado como la situación actual. Como bien sabes no me gusta su manera de reinar. Solo espero que sepa como tratar esto o habrá mucho sufrimiento.

- Te entiendo, mis templos están llenos de madres rogando por la protección de sus hijos. Es muy duro lo que está sucediendo pero en este asunto se ha involucrado a fondo nuestra hermana. Confía en ella – se puso de pie y ofreció su mano para ayudar a levantarse.

Mirando al cielo vieron que ya casi era el momento. Se sacudieron para quitarse toda la arena posible. Se arreglaron el pelo como pudieron para estar lo más presentable posible para la reunión. Habiendo acabado se cogieron de la mano y desaparecieron.

En lo alto de la colina en la que pacientemente Zeus y Hera esperaban poco a poco aparecieron los demás dioses, solo quedaban Hefesto y Poseidón por aparecer cuando de lo lejos Apolo divisó un enorme dragón de siete cabezas volando hacia ellos.

- ¿Qué es eso que se acerca hacia nosotros, padre? – guiñó los ojos para ver mejor.

- Se trata Heren, creado por Gea para custodiar este reino – respondí volteando la mirada.

Ciertamente se trataba de una criatura impresionante, su cuerpo estaba cubierto de gruesas escamas verdes y debía medir, desde la base de sus cuellos, unos tres metros de largo, casi seis si contamos la cola. Sus cuellos eran alargados como de metro y medio. Respecto a sus cabezas había que ser muy observador para que apreciar diferencias entre ellas, todas tenían la boca alargada con enormes colmillos, algunos de ellos les sobresalían, aún cuando tenía la boca cerrada. Además tenía cuatro enormes patas garras tan afiladas que podría partir fácilmente a un hombre adulto y su alas eran tan grandes que al batirlas era capaz de levantar una corriente aire capaz de tirar al suelo a un caballo y su jinete.

- ¿Reino?, ¿acaso tiene un rey?- le miró Atenea fijamente.

- Eso os quiero comentar pero esperemos a que venga el resto.

No tuvieron que esperar casi nada, enseguida aparecieron los dos que faltaban. Lo primero que hicieron fue preguntar por la bestia que tenían delante. Zeus le respondió la mismo y les ordenó volver al Olimpo a tratar el asunto. Así se hizo y como vinieron se fueron.

Otra vez sentados en la mesa del consejo, Zeus pidió silencio para explicarles la situación.

- Bien, el lugar que habéis visitado será un nuevo lugar de descanso para las almas de los fallecidos. Ahora parecerá muy yermo pero mandaré ninfas, con el tiempo se convertirá en un hermoso lugar lleno de plantas y animales.

- Esas islas no pertenecen a mi reino – Hades tomó la palabra con el semblante muy serio - ¿Por qué no me dijiste nada antes?

- No te contraríes, quería que estuvierais todos presentes.

- ¿Y quién será el rey?

Posiblemente la respuesta que iba a dar sería una de las más difíciles. Se frotó la frente con la mano mientras su esposa le servía un poco de néctar en la copa. Tras pasar su mano por la cara respondió.

- Cronos.

La noticia no fue del agrado de nadie, todos se sobre saltaron. Incluso mi señor quien nunca se ha caracterizado por ser un cobarde sintió un fuerte escalofrío recorriéndole la espalda. Aunque sin duda el que peor se lo tomo, posiblemente, fue Poseidón, quien golpeo la mesa con tanta fuerza que movió todas las copas.

- Jamás, ese maldito nos devoró. Acaso quieres otra guerra, porque eso es lo que sucederá si le liberas – bramó mirando fijamente a su hermano.

- Cálmate. Tampoco me agrada la idea de liberarle, pero las Hermanas fueron claras será lo único que aplacará la ira de Gea.

La mayoría no estaba de acuerdo con esa decisión y se negaban rotundamente a ella.

- Debes estar bromeando, padre. Es una locura. Cronos es un ser muy ambicioso, con un gran poder. Solo será cuestión de tiempo que se alce contra ti. Tú le derrotaste y lo encerraste en el Tártaro – argumento Apolo tratando de convencer a su padre.

Sus palabras fueron acogidas por la mayoría pero no por todos. Así debatieron un buen rato hasta que Hera ordenó silencio.

- Me aborrece la idea de tener que liberar a ese tirano. Pero es necesario hacerlo o nos exponemos a terribles consecuencias. Tifón no será el último de los monstruos. Si libertar a Cronos evita que vengan más, yo voto por hacerlo.

El murmullo reinó en la mesa. Atenea tuvo que ponerse en pie para ser escuchada.

- Si le liberamos tendremos al enemigo en nuestra propia casa. No podemos esperar se quede tranquilamente es su reino. Fue destronado, y un rey destronado hace lo imposible para recuperar su poder. Debéis tenerlo encuenra. Padre, Cronos se alzaré contra ti.

Sus palabras hicieron que la negociación se decantara a en contra de su

liberación, al menos hasta que Deméter tomo la palabra.

- Como muchos de los que estamos aquí yo también fui tragada por ese monstruo. Esperé durante años asustada en su interior. Los que no corrísteis esa suerte no os podéis imaginar los terribles horrores que pasamos allí – sus hermanos se sobre cogieron, al pensar de nuevo en lo vivido allí -. Espero que nunca nadie tenga que pasar por eso. Cuando fue derrotado y encarcelado pude respirar tranquila por primera vez. Le odio con más que a nadie y aun así debemos votar por su liberación. La humanidad lo está pasando muy mal. Los campos han sido arrasados, muchas familias lo han perdido todo. Demasiados padres han tenido que enterrar a sus hijos. ¿Vais a permitir que eso se repita?¿o mostrareis compasión? Ares, Afrodita, Apolo, Poseidón vosotros sois padres. ¿Qué haríais si fueran vuestros hijos quienes estuvieran en esa situación. Mostrar compasión.

- Deméter tiene razón – Hestia salió en su defensa -. Tenemos que hacerlo no por nosotros sino por los mortales serán ellos quienes más sufran, mujeres, ancianos, lactantes entre ellos. Atenea, Artemisa, por favor – les miro con una cara muy preocupada.

Ninguna podía ignorar las suplicas de alguien a quien respetaban tanto y se decantaron a su favor. Pero todavía había a quien convencer.

- Acaso no recordáis lo que sufrió la tierra en la guerra que tuvimos contra los titanes. Campos enteros cubiertos de cuerpos, lagos teñidos de rojo es lo que pasará si le dejamos libre.

- Respecto a eso me gustaría hacer una observación – era la primera vez que Afrodita tomaba la palabra, pero habló muy sabiamente -. Zeus ha dicho que solo se liberará a Cronos, el resto de los titanes permanecerán encerrados en el Tártaro. Es verdad que Cronos pose un increíble poder, pero es Cronos contra todos nosotros. No tiene ninguna posibilidad y él lo sabe. Estará quieto en su reino. Cariño, por favor piensa en Harmonía – le puso cogió la mano a su amado.

Fue escuchar el nombre de su hija y Ares decantarse por la liberación al instante. También convenció a Poseidón, Hefesto y Apolo. 11 de 12 solo quedaba Hades por pronunciarse quien apenas había abierto la boca. Se encontraba pensativo en su silla con los ojos cerrados y las manos cruzadas.

- Hermanos solo faltas tú. ¿Cuál es tu decisión? Sabes que para este asunto se necesitamos unanimidad.

Hades abrió los ojos, todas las miradas estaban puestas en él, esperando

una respuesta.

- Sabes que desapruebo la idea de liberarle pero si esa es la voluntad del consejo, entonces no me opondré.

- Entonces está decidido liberaremos a Cronos y por fin habrá paz. Hermano cuento contigo para que te encargues de todo.

Hades respondió asintiendo con la cabeza. Llegados, por fin a un acuerdo, los dioses brindaron por ello. Zeus mandó que trajeran el néctar y la ambrosia de los dioses para festejar mientras trataban de asuntos de menor importancia.

No tardaron en llegar los criados portando bandejas de plata, en la que había jarras de cristal con un brillante líquido morado en su interior, el néctar, además de haber unos tarros con una sustancia brillante parecida a la miel, la ambrosia.

Los alimentos corrieron de mano en mano. Algunos dioses vaciaron copas enteras antes de proseguir con la reunión, el único que no probó bocado fue Ares quería estar lo más lucido posible para lo que iba a venir. Hefesto conversaba tranquilamente con Artemisa cuando notó que algo merodeaba bajo la mesa. Se agachó para ver de qué se trataba.

- ¡Que sorpresa! mira quien tenemos aquí, una pequeña ladroncita – se trataba de Ilitía que se había ocultado para tratar de conseguir algo de ambrosía.

- No le digas a mamá que estoy aquí, por fa , por fa – junto las manos para suplicarle.

Efesto no pudo negarse a las suplicas de su hermanita. Sabiendo del cariño que le tenía su hermana aprovecho para pedirle que le pasara algo de néctar y ambrosia.

- Te pillé – era Artemisa que la había cogido por detrás tapándole la boca con la mano para evitar que gritara y llamase la atención del resto – un ejemplar muy raro ¿Qué debería hacer? ¿Despellejarlo o mejor disecarlo?

Después de destaparla recibió un fuerte abrazo de su medio hermana. Artemisa, que había escuchado toda la conversación, se ofreció para ser ella quien lo consiguiera que era mucho más hábil.

Después de unos tragos Apolo preguntó cual iba a ser el destino de Equidna, la Madre de Monstruos y los descendientes que había tenido con Tifón. Ella es la creadora de terrible monstruos que también habían causado grandes estragos en el mundo. Como Ladón, un terrible dragón que había devorado poblaciones enteras, Ortro, un enorme perro de dos

cabezas que había acabado con la vida de grandes guerreros, eran algunos de sus hijos.

- Creo que deberíamos encerrarla en una cárcel para que no pueda hacer daño a nadie, junto con todos sus hijos – dijo Hestia.

- Equidna se rindió antes de la caída de Tifón. Me ofreció a dos de sus hijos en señal de rendición por eso he decidido dejarle libre.

- Cometes un grave error – replicó Hera – nuestra hermana tiene razón. Debería estar encerrada. No desataremos la ira de Gea por eso.

- Le di mi palabra y la mantendré.

- Como si tu palabra valiese mucho – le susurró al odio.

Zeus, que no soportaba que pusieran su autoridad en entredicho. Le cogió de la muñeca y le lanzó una mirada fulminante para que se calmase y guardara las formas. A su esposa no le quedó más remedio que callar resignada. Para tratar de animarla Zeus le prometió una de las dos criaturas.

- ¿Qué tenéis pensado hacer con el resto de sus hijos, padre? – preguntó Apolo.

- Aun no lo he decidido.

- Respecto a eso. Como tu primogénito me gustaría que me entregaras a Cerbero, encajará muy bien en mi séquito – solicito Ares en tono muy cordial.

Cerbero fue el último hijo que Equidna tuvo con Tifón. En aquellos días solo era un cachorro de tres cabezas pero todo hacía indicar que se convertiría en una bestia temible.

- No, Cerbero me corresponde a mí – intervino Hades en tono muy tajante.

- Me corresponde a mí, lo he pedido primero.

- Hermano, quien va a tener que lidiar más con Cronos, quien tendrá que debatir sobre el destino de las almas de los difuntos seré yo. Pido esto como compensación.

Su sobrino viendo como le disputaban el motivo principal por el cual vino a la reunión se puso en pie y alzo la voz.

- Padre siempre te ha dado todas las criaturas y monstruos que has pedido, de modo que esta vez, Cerbero me pertenece. Sino te gusta ya puedes volverte a la cueva de donde procedes – protestó dando un golpe a la mesa.

- Cuidado muchacho. Si tengo esas criaturas fue porque me las gané luchando en la gran guerra. Así que muestra un poco de respeto, sino quieres sufrir las consecuencias.

Ambos se miraron fijamente. La hostilidad era palpable en el ambiente. Afrodita trató de calmar a su amado pero este no le hizo caso. Tuvo que ser era quien, de un fuerte golpe, puso orden.

- ¿Para qué quieres a Cerbero, acaso no te bastan todas las criaturas que tienes en tu reino para atormentar a las pobres almas? Maldito sádico. Cerbero será de Ares – parecía todavía más enfada con Hades que su hijo.

Las aves del lugar empezaron a graznar sintiendo la ira de la reina del Olimpo, incluso los dragones de Deméter empezaron a rugir. Hestia se levantó para calmar a su hermana le puso la mano en su hombro y pidió que respirase tranquilamente. Poco a poco se fue calmando y con ello los animales dejaron de hacer ruido. Cuando reinó el silencio y todo pareció volver a la normalidad se escuchó un ligero llanto bajo la mesa. Todos miraron a bajo y descubrieron a la pequeña Ilitía llorando porque se había asustado por el enfado de su madre y el rugir de los dragones.

- Cariño, no llores – su voz había pasado a ser dulce en un instante – Ven con mama.

Su hija fue hacía su madre, una vez se sentó en su regazo esta le limpio las lágrimas de su cara. Le dio a probar un poco de ambrosia mientras la mecía suavemente para que se calmara. Ciertamente en esos momentos no parecía para nada una arpía malvada como muchos mortales pensaban.

Una vez la reunión volvió a la normalidad Zeus tomo la palabra.

- Creo que lo más justo en esta ocasión es que decidamos todos. ¿A favor de Ares?

Obtuvo los votos a favor de Afrodita, Hera y Deméter. Esta ultima no lo hizo por tener especial aprecio a Ares, le aborrecía, pero más a su hermano de quien no esperaba que usase a Cerbero con ningún fin altruista.

Por su lado quienes votaron a favor de Hades no lo hicieron por el aprecio que le tenían sino por la inquina que tenían a su rival. Hefesto para poder

vengarse de Ares por haberse acostado con su ex esposa. Artemisa y Atenea por su profunda rivalidad con Afrodita y Ares respectivamente.

En la resto permaneció en la abstención. Hestia fue la única de sus hermanas que no se decantó por ninguno. Visto que hubo un empate a Zeus le tocaba decidir, quien le llevó largo tiempo meditándolo para sopesar bien los pros y los contras. Si se decantaba por su hijo sabía que lo usaría para sus batallas y eso no le agradaba, si se lo daba a su hermano no sabía los fines para los que lo usaría. Tras la titanomaquia casi no sabía de él, se aisló en su reino y apenas salía, se convirtió en alguien muy distante, sin embargo nunca sospecho que quisiera poner en duda su autoridad, además si se lo entregaba lo que hiciera con él no repercutiría porque era soberano en su territorio, motivo por que cual se decantó.

- Hermano, he decidido que seas tu el dueño de Cerbero.

- Os lo agradezco mi señor – le hizo una ligera reverencia.

Ares se tomó muy mal la noticia, estuvo tentado de irse pero decidió permanecer en su sitio el resto de la reunión aunque no intercambio palabras con nadie. El resto de la reunión transcurrió con relativa calma, pronto Helios empezó a desaparecer por el horizonte llevándose tras de si el sol. Los dioses estaban cansados y se encontraban embriagados por el efecto del néctar. Viendo que ya era tarde, Deméter primera en levantarse

- Si me disculpáis, me gustaría abandonar la reunión.

Hera congio a su hija que se había quedado dormida y se ofreció a para acompañarla. Antes de que pudieran abandonar la reunión, Zeus la llamó.

- Espera Deméter, antes de partir tengo una misión para ti.

No le gustaba que tuviera una petición para ella.

- ¿Cuál?

## Capítulo 4

### EMPIEZA EL APRENDIZAJE

En lo más hondo de un bosque en la zona del Ática, un grupo de ninfas se encontraban trabajando. Era un día muy caluroso pero eso no hacía disminuir el ritmo de su trabajo. El bosque en el que se encontraban estaba prácticamente destrozado, la mayoría de los árboles estaban partidos por la mitad, la tierra estaba removida que destruyó la mayoría de las madrigueras. Un río cercano, hace poco con abundante pesca, ahora se encontraba desbordado debido a que se habían acumulado grandes cantidades de rocas en su interior.

Los mortales que habitaban ese bosque se habían visto obligados a abandonarlo. Algunos pudieron encontrar refugio en casa de algún familiar, otros acabaron pidiendo limosna como mendigos en pueblos y ciudades cercanas, por desgracia muchos de ellos acabaron falleciendo poco tiempo después debido a la falta de alimentos.

Las ninfas, con su magia, curaban los árboles dañados, para que no tardaran mucho en crecer sanos y fuertes, para poder dar fruto a los hombres y refugio a los animales. Esparcían por el suelo semillas mágicas para que este recuperase su fertilidad.

Eran en total cuatro ninfas que trabajaban duro cuando de pronto en medio apareció una intensa luz y de ella apareció la mismísima Atenea con su lanza y su egida, acompañado de un joven muchacho, con una cara de enfado y decepción apartes iguales. Al ver su presencia todas dejaron sus que tareas y fueron a recibirla como se merecía una diosa de su categoría.

- Mi señora Atenea, un honor recibir tu presencia – todas hincaron las rodillas.

- Las formalidades no son necesarias, ¿Dónde está Deméter? le traigo el aprendiz por orden de mi padre.

- No está aquí se marchó a la isla de Samos, no vendrá hasta mañana – respondió una de las ninfas de pelo blanco.

- En ese acaso os dejo a este joven a vuestro cargo hasta su llegada. Se llama Yasion, hijo de Zeus y la pléyade Electra.

- Sí, nuestra señora nos informó para iniciarlo en los misterios de la agricultura.

- No pienso hacerme granjero, mi destino es ser un guerrero – contestó el joven con un claro tono arrogante.

Antes que las ninfas pudieran responder, Atenea golpeó su lanza en el suelo a un palmo de sus pie.

- Guarda respeto. Harás la tarea que los dioses te hemos encomendado.

El muchacho la miró a los ojos con intención de responder de malas maneras pero al ver el rostro amenazante de la diosa bajó los ojos y se mordió la lengua. Pensó maldecir sus suerte pero le temía las posibles consecuencias.

- Nosotras nos encargaremos del joven, podéis marchar tranquila – inclinó la cabeza en señal de respeto una ninfa rubia.

- Os estoy agradecida – sin más desapareció.

Las ninfas poco a poco empezaron a acercarse al muchacho. Una de ellas pasó suavemente su mano por su rostro. La de pelo blanco caminaba a su alrededor para observar desde todos los ángulos al hermoso joven que había ante ella. Estaban asombradas por la belleza del chico, a aunque este, por su parte, no mostraba el más mínimo asombro por estar rodeado de bellas ninfas. Simplemente maldecía para su desdicha, y pensaba que esto solo era una broma cruel.

- Así que eres hijo de Electra – dijo lo ninfa del pelo blanco levantándole la barbilla – tienes sus mismos ojos.

Sin decir nada apartó la mirada y volvió a mirar al suelo. No quería que le vieran la cara. Ellas no le dieron mucha importancia y decidieron empezar con las presentaciones.

Adila, la ninfa más alta de todas, en esos tiempos le sacaba una cabeza a Yasion. Era pelirroja con el pelo muy rizado. Tenía pecas en el rostro, ojos verdes, nariz fina y unos labios carnosos. Sus pechos eran grandes y sus caderas era voluminosas. Era una ninfa de naturaleza amable y bastante habladora.

Irilo era la ninfa de cabello blanco, largo y liso. Su cara era alargada, tenía unos hermosos ojos azules, unos finos labios rosa. Su cuerpo era esbelto y su piel de una tonalidad muy clara era la segunda más alta de todas. Aunque a simple vista pudiera parecer alguien apagado la verdad es que era una ninfa muy alegre.

Nilo, era la una ninfa de pelo azul, no muy largo apenas le llegaba a los hombros, cara redonda, grandes ojos azul claro. Era la más bajita de todas, un poco más alta que Yasion, además de ser muy delgada, lo que

deba la apariencia de ser solo una niña.

La última fue Laeza, su pelo era rosa muy claro, tirando a blanco y lo llevaba recogido. Lo que resaltaba mucho más mirando su piel, ya que era la más morena de las cuatro, aunque su tono no fuese muy oscuro. Sus ojos eran verdes claro, nariz fina y alargada y unos labios muy sensuales.

Las cuatro tenían un aspecto de bellas y jóvenes mujeres, de piel blanca muy blanca a excepción Laeza. Vestían de manera muy simple, túnicas de colores claros, sandalias, un cinturón donde portaban pequeñas bolsas. Todas llevaban en el pelo distintas flores los que las hacía lucir más hermosas de lo que ya eran.

- No pienso hacer granjero. Quiero que quede bien claro – dijo mirando a las ninfas a la cara desafiante.

- Muchacho mide tus palabras cuando venga Deméter – advirtió Adila con tono muy serio - No te conviene enfadarla.

- Me da igual, yo no quiero estar aquí.

- Eso no depende de ti, ahora – respondió Laeza – será mejor que lo aceptes.

Pero el joven se negaba a aceptarlo, y frunció el ceño aún más. Tras escucharle protestar un rato, Irilo le propuso de sentarse y viera como trabajaban, así vería que cuidar los bosques era una gran labor. Sin responder se sentó de brazos cruzados en el árbol más cercano que encontró.

El joven no cambiaba de parecer le parecía una tarea indigna para él. Las horas pasaban y lo único en lo que pensaba era en que diría a Deméter para convencerla. No se veía como cuidando la naturaleza el resto de sus días, anhelaba morir con honor al lado de sus compañeros de armas.

Las horas pasaron y las ninfas decidieron tomar un descanso. Encendieron un pequeño fuego en el que pusieron a calentar unas verduras. El dulce aroma no tardó en llegarla a la nariz pero ni eso evitó que dejara de empezar ni un momento en su querido hermano. Él al servicio de un rey, como uno de sus soldados. Sabía que con el talento que tenía pronto destacaría entre los demás y él allí perdido en medio de un bosque. Esa idea hizo que rompiera en dos la rama que tenía entre las manos.

- Vaya que ánimos – era Adila que venía a traerle un plato de comida y un vaso de agua – vengo a traerte algo de comer. Espero que esto os anime.  
- le dejó la comida justo enfrente y se marchó no sin antes dedicarle una

sonrisa.

Al principio no se dignó en mirar lo que le había ofrecido pero cuando el hambre empezó a hacerse más intensa no pudo evitar cogerla. Eran unas lentejas, con unos trozos de zanahoria y una hoja de laurel.

Olía muy bien, tenían buena pinta y muy buen color todo. Estaba hambriento, cogió la cuchara de madera y tomó una buena cucharada. Estaban deliciosas no podía negarlo. Empezó a comer con entusiasmo y hasta el ánimo le cambió, un poco. Al terminar dejó el plato en el suelo y siguió sentado en silencio, hasta que sus parpados no podían más y se cerraron.

Se despertó cuando yo era de noche, al oír un fuerte rugido proveniente de los cielos. Abrió los ojos y miro arriba. No daba crédito de lo que veía. Dos dragones alados tirando de un carro, estaba maravillado. Era la primera vez en su vida que veía tales criaturas, no podía quitarles el ojo de encima ni siquiera reparó en la hermosa mujer que conducía.

Los dragones iniciaron el descenso en dirección a un pequeño claro cercano. Las ninfas fueron corriendo a recibir a su jefa, Yasion hizo lo mismo pero porque quería ver a los dragones más de cerca. Al llegar al claro las ninfas se situaron en fila, sin embargo el joven se situó en un pequeño montículo alejado del resto para ver mejor a los dragones. Al verle Laaeza fue a donde estaba para cogerle del brazo y llevarle con el resto. El muchacho no opuso resistencia y fue tranquilamente con el resto.

Los cinco esperaron pacientemente hasta que los dragones dejaron el vuelo. Una vez paró el carro de él se bajó Deméter. No parecía una diosa olímpica, con los pelos revueltos, la ropa doblada y manchada de barro. Fue directa a ver a sus ninfas mientras intentaba arreglarse un poco el cabello.

- Recuerdas, cuando vayas a saludarla inclina la cabeza en señal de respeto estás en presencia de una diosa – le dijo Ilirio dedicándole una sonrisa al joven pero este no parecía haberle escuchada.

Al aproximarse Deméter todas la recibieron como se merecía, inclinaron la cabeza y le dijeron “Nos alegramos de verte, señora”. Bueno todos menos Yasion que permaneció callado sin mover un músculo.

- Nos alegramos de tenerte de vuelta, señor.

- No hace falta tanta formalidad, apenas me he ausentado un par de días – respondió abrazando a sus ninfas – me alegro de estar de vuelta.

- ¿Como fue la reunión?

- Aburrida pero conocí a mi nueva sobrina. Es una monada, ha nacido a su madre.

- Que suerte – le contestó Irilo con una sonrisa - por cierto te presento a Yasion.

- Así que eres el nuevo aprendiz – dijo con desde pues ella tampoco quería tenerlo aprendiz, había sido orden de Zeus. Pese a eso le miraba con los ojos abiertos como platos, no podía negar que era el mortal más hermoso que había visto jamás -. Bueno primero veremos si vales.

- No voy a ser tu aprendiz. Quiero irme con mi hermano y juntos luchar por la gloria.

- Solo eres un muchacho que no sabe lo que quiere.

- No seré un simple aprendiz para cuidar los bosques. Es una tarea indigna para un hijo de Zeus.

- A callar. Harás lo que se te ha ordenado. A mí tampoco me agrada tenerte aquí pero me lo han ordenado – le contestó en un tono muy tajante.

Sus palabras provocaron que sus dragones empezaran a rugir. Tuvieron que ir Irilo y Adila para calmarles y de paso quitarles las correas que le ataban al carro. El joven se sentía impotente ante las palabras tan autoritarias de una diosa, así que no le quedó más remedio que agachar la cabeza y morderse la lengua.

- Bien, es tarde y estoy cansada. Me voy a dormir mañana empezaremos con el aprendizaje.

Dicho eso se marchó, las ninfas ofrecieron a Yasion una manta y una almohada y le llevaron a una zona confortable para poder dormir. Mientras trataba de coger el sueño, pensaba en lo sucedido ese día. Dejar abandonar la vida que le habían impuesto iba a resultar mucho más difícil de lo que se imaginaba. Deméter, aunque no parecía muy conforme con tenerle si parecía dispuesta a enseñarle.

No muy lejos de allí Deméter se zambullía en las frías aguas del río, quería darse un baño antes de irse a dormir. Miraba al cielo estrellado pensativa. No recibió de buena gana la orden de Zeus de enseñar a uno de sus hijos sus misterios, y menos cuando le conoció. "Otro joven imprudente y alocado al que le han llenado la cabeza con historias de grandes guerreros, batallas y actos heroicos aunque no sepa lo que realmente significa eso" pensaba. Suspiro pensando en el trabajo que

tenía por delante, la naturaleza tenía que ser restaurada, los campos tenían que volver a florecer y ahora encima tendría que preocuparse de ese joven. Lo único que hizo que no se rebelase contra la orden de Zeus fue que su querida hermana también se lo pidió.

- Me esperan días duros – se decía mientras salía del río y se cubría con una toalla. Luego se sentó en el suelo, arrancó una pequeña flor y se deleitó con su dulce aroma – bueno, al menos, es mono.

Al mañana siguiente, con los primeros rалlos de sol. Las ninfas ya estaban despiertas y listas para el duro día que había por delante. Nilo y Adila preparaban el desayuno a base de cereales y leche, mientras que Irilo y Laeza se encargaban de tener preparado todo para empezar la instrucción del joven. No se levantó hasta que escuchó el fuerte rugido de los dragones.

Aunque seguía muy cansado se posicionó. Pegó un fuerte bostezo antes de poder abrir los ojos. Pese a haber dormido bien, seguía de mal humor por lo sucedido el día anterior. Esperaba tener más suerte ese día. Se lavó la cara y fue a buscar su ropa, pero no estaba por ningún lado. En su lugar había una túnica blanca con unos broches de bronce, donde tenían grabadas unas espigas de trigo. Señal de que su iniciación iba en serio.

Pero se negaba a aceptar el camino que habían decidido por él. Así que aun desnudo salió de su tienda, enfadado dispuesto a recuperar su ropa y dejar claro que no tenía pensado permanecer con ellas durante mucho más tiempo. En seguida llegó donde estaban las ninfas desayunando. Al verle todas se echaron a reír y se sonrojaron como si nunca hubieran visto a un hombre desnudo.

- ¿Qué ha sido de mi ropa? – preguntó enfadado.

- Te la hemos dejado en la tienda –respondió Irilo sin apartar la vista del joven.

- Hablo de la que llevaba ayer. ¿Dónde está?

- Tráela – ordeno Adila a Nilo y esta se levantó a buscarla, mientras las demás seguían desayunando.

Las ninfas le pidieron que desayunara pues el día sería largo y duro, pero no quiso probar bocado. Solo quería recuperar su ropa y salir de ese bosque cuando antes. Al rato, apareció Deméter seguida de su dragón de escamas verdes preguntó que estaba pasando. Sus ninfas no quisieron

contarle lo sucedido para no enfadarla, pero Yasion se encargó de eso.

- Preguntaba por mis pertenencias para poder irme de aquí.

Adila se lanzó sobre él, inclinándole la cabeza para que mostrara un poco de respeto. El resto de ninfas se apartó esperando una fuerte reprimenda al joven por su osadía. Pero no se produjo, para sorpresa de todas. La diosa se acercó en silencio al muchacho hasta estar justo delante y mirarle a los ojos. El joven no podía evitar sentir un fuerte escalofrío recorriéndole la espalda.

- Así que quieres recuperar tus pertenencias ¿Dónde habéis dejado las pertenencias de Yasion?

- Aquí las traigo, mi señora – respondió Nilo que venía corriendo.

- Muy amable, Nilo – Deméter cogió la ropa, pero en lugar de dárselas las arrojó a los pies de su dragón, que en un instante las hizo jirones.

- ¿Pero que habéis hecho? - el joven no daba crédito a lo que veían sus ojos.

- Ya no las vas a necesitar. Cuanto antes se te meta en la cabeza mejor. Ahora vístete, tienes mucho que aprender – se dio la vuelta.

Muy a su pesar el joven sabía que no tenía otra opción. No era bueno para un mortal enfadar a un dios. Solo pudo asentir y callarse.

- Bien. Tengo asuntos que atender. Confió en vosotras.

Al volver de cambiarse, Deméter había desaparecido y las ninfas tenían todo listo para empezar, y así empezó su primera de muchas clases. Empezaron por los principios básicos de la naturaleza, y el crecimiento de las plantas. Yasion permaneció sin protestar durante toda la clase, solo habló cuando le preguntaron. Para sorpresa de todas, el joven conocía bastante bien, para su edad, el funcionamiento de la naturaleza. La clase duró hasta que Helios situó el sol en lo más alto.

- Creo que es suficiente por hoy – anunció Laeaza – seguiremos mañana temprano.

Yasion se levantó enseguida y se sacudió la tierra. Tenía ganas de estirar las piernas y pasear por el bosque. Se había guardado un pequeño tozo de pan del desayuno, para dar de comer a los pájaros. Era un hábito que tenía desde muy pequeño, siempre le gustó contemplar pájaros mientras oía su canto. Al fin encontró un lugar adecuado y empezó a partir el pan con sus dedos. Habiéndolo troceado en pequeños pedazos lanzó unos

pocos al suelo, el resto los dejó en su mano.

No tardaron en venir los pájaros a picotear las migas. Esperó a que se acercaran un poco para ponerse de cuclillas y extender su mano. En seguida varios pájaros se posaron en su mano. El joven los contempló en silencio hasta que se terminaron el pan. Pero los pájaros no abandonaron su mano, permanecieron en ella como si de la rama de un árbol se tratase. Era una habilidad que había desarrollado a una edad temprana. Así estuvo hasta que algo llamó su atención. Era Nilo que acaba de aparecer.

- Tienes talento con los animales - la ninfa estaba sorprendida por lo que acababa de ver.

- No es talento, solo requiere tener algo de paciencia.

La ninfa se acercó, al estar a su lado extendió su mano y uno de los pájaros se posó en ella.

- Normalmente los mortales, no tenéis paciencia para estas cosas.

- Puede ser.

- He venido para enseñar algo que sé que te animará - dijo soltando el pájaro al vuelo.

- ¿Así?, ¿qué es?

- Te lo mostraré, ven - le cogió de la muñeca y juntos se pusieron en marcha.

Para llegar a su destino había que subir una colina. Ambos echaron una carrera, para ver quien llegaba antes. Yasión, a pesar de tener las piernas más cortas ganó, parecía una gacela corriendo, pero Nilo no lo hizo mal. Se movió con suma agilidad por el bosque, aun estando descalza. Corrieron una larga distancia. Al llegar a la meta ambos se sentaron descansar y tomar aire.

- Una gran carrera - comentó soltando una sonrisa. No creía que se lo pasase tan bien.

- Sí, la próxima vez te ganaré.

- Habrá que verlo, pero creo que te será difícil si vas descalza. ¿No estarías más cómoda con sandalias como estas? - estiró su pierna para que la viera mejor.

- No, yo soy una ninfa. Nací de la madre tierra y estoy unida a ella. Mientras mantenga el contacto directo con ella me nutriré de su energía, me mantendrá joven y mis heridas sanaran mucho más rápido, como a tu madre. ¿Nunca te lo enseñó?

- Ella, no es mi madre. No vuelvas a decir eso – le respondió muy molesto.

- Lo lamento no quería ofender – miró al suelo avergonzada. Se sentía como una tonta.

- No es culpa tuya, lo siento. Solo intentas ser amable. Es solo que... No me gusta que digan que ella es mi madre – suspiro – nos abandonó cuando éramos muy pequeños. Eso no lo hace una madre.

- Lamento oír eso. Puede que se arrepintiese de lo que hizo.

- Me pasé años, con la vaga esperanza de que regresase algún día, pero nunca lo hizo. Mi verdadera madre es Aethra, siempre estuvo con nosotros nunca nos abandonó y ahora está muerta.

Nilo le cogió de la mano para darle su apoyo. El joven agradeció su apoyo. Su vida había cambiado tanto en tan poco tiempo.